

CAPITULO V.

De lo que obró Fr. Bartolomé en la guerra y amistades de los Tlaxcaltecas y españoles y en la de Cholula.

Asentada ya la paz y reduccion de aquellos pueblos y quedando introducida nuestra santa fé católica en la forma que en tan difíciles principios se pudo entre aquella bárbara gentilidad de los indios, pasó el valeroso capitán Hernando Cortés con su ejército, caminando para México y llegaron á la jurisdiccion de Tlaxcala que era un reino poderoso y de innumerables indios que lo habitaban, tan belicosos y de tan elevados espíritus, que siempre tenían oposicion con los mexicanos, y guerra continua con sus habitantes, y por el consiguiente enemistad declarada con el gran Montezuma que fué la mayor prueba de

la valentia y esfuerzo de los Tlaxcaltecas. Así que asomó en esta jurisdiccion el ejército español, se hallaron en arma muy prevenidos mas de cincuenta mil indios tlaxcaltecas (y no tan bárbaros ni cobardes como algunos imaginan, que como no han medido con ellos sus espadas los pintan pusilánimes.) Esto se dividieron en cinco escuadrones formidables de quien se vieron tres veces cercados cuatrocientos españoles solamente, y acometidos de tantos enemigos de dia y de noche. Pero Dios que sin duda gustaba de que aquella grande empresa se consiguiese para su mayor servicio, y la salvacion de aquellas almas, al mismo tiempo que ponía valor en el brazo de Cortés y sus compañeros, infundia en el corazon y lengua de Fr. Bartolomé pensamientos y palabras, razones, consuelos, avisos y doctrina tan á tiempo y sazón, que á todos los alentaba, á todos los consolaba, y á todos les advertia lo mas conveniente; como fué poniendo calor y viveza en las amistades de Cortés con los tlaxcaltecas, tan importante medio para conseguir el fin de la conquista, que por él se vé hoy la Nueva España sujeta á nuestros reyes católicos, por haberse confederado los tlaxcaltecas con los españoles, y ayudadoles, como si la empresa fuese solamente de ellos, has-

ta poner toda esta tierra en la obediencia de la Magestad Cesárea de nuestro invicto Emperador Carlos V, para que hoy la gozé con toda felicidad la católica Magestad de nuestro Rey y señor Carlos II, que Dios prospere para dichosos logros de su monarquía y dilatados aumentos de nuestra santa fé católica.

Para llegar á este estado la Nueva España, pasaron los conquistadores gravísimos trabajos de guerra, hambres, heridas y muertes de muchos, con un tezon ardientísimo de los Tlaxcaltecas valientes, presumiendo estos que los españoles venian de parte de Montezuma á ayudarle contra ellos, y se defendian con ánimo alentado; y aunque los españoles peleaban con espíritu denodado y valentia, como se veian tan pocos, y contra tantos millares de enemigos en tan penosas guerras, donde se veian á cada hora en peligro próximo de la vida; habia grandes motines entre ellos mismos y muchas murmuraciones contra Cortés, y aun desesperaciones intentando volverse y dejarlo todo, por que se veian heridos, enfermos, cansados y maltratados; aquí fué donde trabajo tanto Fr. Bartolomé de Olmedo, animando y consolando á los españoles y pacificándolos con grande discrecion, sosegando y asegurando á los indios, tanto, que de estos tra-

bajos enfermó, de suerte que se puso en estado de morir; su falta era tan considerable, así en nuestro ejército, como entre los mismos indios, que ya le miraban con cariño, y le oian de buena gana; y muy en especial al capitan Cortés, que se hallaba muy solo y desconsolado sin su Aaron, sin su padre espiritual, porque aunque quedaba el Padre Juan Diaz el clérigo, era de muy poca capacidad, y no era sujeto que sabia disponer materias, ni á quien se le pudiesen fiar los secretos que importaban y áun se le habia reconocido alguna infidelidad. En fin, Dios nuestro Señor, Padre de misericordias que con su providencia sagrada lo dispone todo con suavidad, mejoró sus horas, sirviéndose para consuelo de tantos de que Fr. Bartolomé mejoráse de salud, y con ella se empezó á dar calor en las paces y á concluir las amistades entre Cortés y los tlaxcaltecas, para que así se consiguiese negocio de tanta importancia como despues se verá, y así que se ajustaron las paces con la capitulacion firme de que Cortés habia de defenderlos de las invasiones de los mexicanos y ellos habian de darle ayuda para rendirlos y conquistarlos, luego al punto hizo Fr. Bartolomé que se pusiese un altar con la Santa Cruz, y la imagen de Nuestra Señora, y se dijo misa á vista

de los dos ejércitos, que no pudo decir Fr. Bartolomé por estar todavía flaco y debilitado por el achaque pasado, y así la dijo el Padre Juan Diaz el clérigo, quedando admirados aquellos grandes caciques y Señores, y aficionados á nuestros tratos y ceremonias.

Estando ya amigos de Cortés los Tlaxcaltecas, volvió á Fr. Bartolomé y le dijo: "Señor Padre, pareceme que será ahora bien, que demos un tiento á estos caciques para que dejen sus ídolos, y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandaremos, por causa del gran temor que tienen á los Mexicanos;" y oyéndole Fr. Bartolomé dijo: "Señor, bien es; pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entonces habrá materia para ello; y dirá vuestra merced que no las quiere recibir, hasta que prometan de no sacrificar; si aprovecharse bien, y si no haremos lo que somos obligados." Discreta respuesta del celo de Fr. Bartolomé, que para asegurar con los indios caciques, la introduccion de nuestra santa fé, y la destruccion de los ídolos, queria que hubiese en poder de Cortés, una prenda tan segura, como su hijas de ellos: y así luego á otro dia, vinieron los mismos casiques y trajeron cinco indias doncellas hermosas y muy bien ataviadas, y para cada una de éstas, traian

otra india moza, para su servicio, porque eran señoras hijas de grandes caciques; y entrando en presencia de Cortés, le ofreció Xicotenga su misma hija, para que se casase con ella, y las otras para que las casase con otros capitanes suyos: y Cortés mostrando buen semblante de agradecido (por hacer lo que Fr. Bartolomé le aconsejó) le dijo, que así las recibia, pero que por ahora se estuviesen en poder de sus padres; y preguntando ellos, que ¿por qué se usaba este desprecio y no las recibian ahora como se las ofrecian? respondió Cortés que primero se habia de hacer lo que Dios mandaba, que era quitarles sus ídolos, que eran dioses falsos, y solo adorasen al verdadero Dios, que no sacrificasen ni matasen hombres, ni hiciesen más las torpezas y abominaciones que hacian: y con esta ocasion les dijo Fr. Bartolomé muchas cosas de nuestra santa fé católica y todos sus sagrados misterios, que se les declararon muy bien por nuestras lenguas, que eran Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y entonces se les mostró una imágen de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, y se les dió á entender todo lo que enseña nuestra Santa Madre la Iglesia de la Encarnacion del Verbo Eterno en las Entrañas Purísimas de la Virgen Santa Ma-

ría; y que para ser nuestros amigos y hermanos habian de creer firmemente lo que nosotros creemos, que así tendrán prósperos sucesos en todo y gozarán en muriendo, la gloria eterna. Y habiéndolo oido los caciques y los demás indios que estaban con ellos; respondieron con mucha discrecion: "Ya te hemos entendido antes de ahora, y bien creemos, que ese vuestro Dios y esa Gran Señora que son muy buenos; mas mira, ahora venisteis à estas nuestras casas y casas, el tiempo andando entenderemos muy más claramente vuestras cosas, y verémos cómo son, y haremos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por Dioses, y los han adorado y sacrificado? é ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros Papas, y todos los vecinos mozos y niños desta Provincia, sino levantarse contra nosotros?" Estas y otras razones dijeron en esta ocasion los caciques Tlaxcaltecas y ahora ruego yo, à los que leyeren esto, que adviertan la prudencia de estos indios, que aunque son bárbaros, no son faltos de razon y entendimiento, pues haber responder razones tan ajustadas à sus ritos y ceremonias como si cualquiera de ellos fuera un Macabeo Eleazar, en lo

que respondió, cuando sus amigos (I. Macab. c. 2.) (porque se libraba de la muerte que le amenazaba) le aconsejaban que fingiese comer aquellas carnes porcinas prohibidas en su ley; que más quizo entregarse al martirio, que escandalizar áun con una ficcion á la juventud de su patria; en fin, quedó supensa en los caciques Tlaxcaltecas esta instancia de Cortés, porque Fr. Bartolomé, que era entendido y teólogo, como dice Bernal, capítulo 77, y atajó esta violencia con un consejo muy prudente, y fué decirle á Cortés: "Señor, no cure V. m. de más les importunar sobre ésto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser christianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos no quisiera yo, que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fé. ¿Que aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego à otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que los damos, etc." (como se verá despues cuando se trate de su prudencia discreta en su obra.) Y luego se contentó con que se desembarasase un cu que esta allí cerca, nuevamente hecho, y se quitase de él los ídolos, y lo encalasen y limpiasen para poner en

él una Cruz, y una imágen de Nuestra Señora, en un altar donde desde luego dijomisa, y allí bautizó al gran cacique Xicotenga el viejo y le puso por nombre Don Lorenzo de Vargas, y siempre fué éste muy buen cristiano y muy leal amigo de Cortés, y le ayudó fielmente en cuanto despues se ofrecio, y bautizó asimismo á la hija de este Xicotenga Doña Luisa, la cual se le entregó al capitán Pedro de Alvarado, que despues fué adelantado de Guatemala, y á la sobrina de el Mase escáis le puso por nombre Doña Elvira; y asimismo bautizó á las demás indias poniéndoles sus nombres de pila con Donés, por que eran Señoras principales hijas de Señores de aquella provincia de Tlaxcala; con que se reconoce el fervoroso espíritu de Fr. Bartolomé de Olmedo, y el ministerio santo en que se ocupaba en la conquista de este Nuevo Mundo.

Despues de esta maravillosa conquista y tan esencial para lo demás que se fué siguiendo, prosiguió el ejército de Cortés para México, llevando en su compañía muchos amigos Tlaxcaltecas para que le ayudasen en lo que se ofreciese, y llegaron á Cholula donde por mando de Montezuma, tenían trazado el matar á todos los españoles, engañándolos con un recibimiento pacífico, y muy cariñosa amistad que les hicieron.

Pero descubrióse luego la traicion por industria y fidelidad de Doña Marina, y tomó agria venganza de ellos el capitán Cortés, quemando y matando más de dos mil indios de la conjuracion, y á los demás perdonó porque vinieron humildes, y rendidos, dieron la obediencia al Emperador nuestro señor; y luego se determinó que se les hiciese una plática y sermón amonestándoles dejasen la falsa adoracion de sus ídolos y las demás abominaciones que acostumbraban y que adorasen solo á nuestro Señor y verdadero Dios; para lo cual se revistió de las vestiduras eclesiásticas Fr. Bartolomé, y les dijo misa y predicó con gran fervor todo lo tocante á nuestra fé católica; y aun á los mismos indios les pareció muy bien; ménos lo de derribar sus ídolos, en lo que estuvieron muy rebeldes, y aun para tomar por ello las armas otra vez; con lo cual fué preciso que se quedase por entónces suspensa la materia, por consejo de Fr. Bartolomé, que le dijo á Cortés, "que era por demás á los principios quitalles sus ídolos hasta que vayan entendiendo más las cosas, y que el tiempo diria lo que se habia de hacer, que por ahora bastaba dejarles puesto el altar con la Santa Cruz," que es lo mismo que resolvió en Tlaxcala; y lo que despues sucedió entrando en la ciudad de Chal-

co que está cerca de México, que aunque más le predicó Fr. Bartolome, jamás quisieron dejar sus ídolos, diciendo siempre que por ahora solamente daban la obediencia al Emperador, pero que en ese punto de dejar la adoracion de sus Dios, despues verian lo que les conviniese hacer, con que se tomó la misma resolucio que en Tlaxcala y Cholula, quedando siempre Fr. Bartolomé con muy vivas esperanzas de que habia de ver cumplidos sus deseos introduciendo cuando fuese tiempo el evangelio en esta gentilidad.

CAPITULO VI

De lo mucho que obró Fr. Bartolomé de Olmedo en la primera entrada de los españoles, en la gran ciudad de México.

Despues de tantos embarazos como habia tenido Cortés y sus compañeros, en todâs las ciudades y pueblos por donde pasaba en consecucion de sus altos pensamientos de conquistar un reino tan poderoso, y sujetarlo á la corona del magnífico emperador Carlos V. para que con él fuese Señor de todo el mundo. Llegó en ocho de Noviembre de mil quinientos diez y nueve años á la gran ciudad de México, cabeza de este Nuevo Mundo, donde fueron recibidos con gran solemnidad y grandeza, saliendo á recibirlos el mismo emperador Montezuma con la soberanía que acostumbraba sin igual entre los

mayores monarcas del mundo, y tanta gente, así de los caciques grandes que asistian á su señor, como de la popular, que jamás se habia visto tanto concurso, de que estaban muy admirados los españoles, viendo aquella magestad, y soberano poder de Montezuma, la grande opulencia con que era servido de sus vasallos, y lo populoso é innumerable de la ciudad fundada en una laguna: y despues de haber pasado muchas y singulares ceremonias de cortesía entre Montezuma y Cortés, y muchos presentes con cariñosa correspondencia de los dos. Luego que hubo ocasion trató Fr. Bartolomé de ir disponiendo à Montezuma: lo primero á que dejase aquellos abominables ídolos que adoraban como dioses, siendo tan falsos que los tenían engañados, y que esta verdad conocerian mejor si dejasen poner una Cruz en aquel gran cu, donde tenían á su Huichilobos y al Tescatepuca, que vanamente adoraban por dioses, por que como estos eran hechuras del demonio que los engañaba, huían luego donde estaba la Cruz: y lo mismo decia á los demás caciques que eran los príncipes y señores de este inperio, persuadiéndoles que saliesen de tantas abominaciones é idolatrías como tenían matando hombres y sacrificando sus corazones á sus falsos dioses, y ha-

ciendo banquetes de los brazos y piernas de los que sacrificaban, en sus ordinarios convites, y otras execrables torpezas que cometian en materia de sensualidad, en fin como brutos, que engañados y ciegos por el demonio, era gente sin más ley que la de los vicios voluntarios en todas maneras abominables; sobre todo lo cual les amonestó Fr. Bartolomé, con pláticas suaves, y muy piadosas, por las lenguas de Doña Marina y Gerónimo de Aguilar; y en esto trabajó el venerable varon continuamente con gran celo de la honra de Dios, y bien de aquellos almas.

Un dia de aquellos primeros le hizo Fr. Bartolomé un gran sermon á Montezuma [porque aunque Bernal Diaz, no dice expresamente que él hacia estas pláticas, se deja entender que era el Padre, por que como á Cortés tocaba el pelear y á sus compañeros, á Fr. Bartolomé tocaba el predicar, así para persuadirlos á los indios á la verdad de nuestra santa fé católica, como para alentar á los españoles en la prosecucion de su intento en la conquista, y así dice el historiador que nunca faltaba el Padre de la Merced del lado de Cortés, con lo cual se ha de entender, que siempre que se dice, que se hizo plática, ó sermon era Fr. Bartolomé quien la hacia]. En

1020000 419

dicho sermón le dió á entender el origen de nuestra santa ley de gracia, y los misterios sagrados que nuestra Santa Iglesia católica, celebra de Cristo Señor Nuestro y de su Madre Santísima, y le empezó por la creacion del mundo hasta llegar á hacerse hombre el hijo de Dios para remediar al género humano, y que para ello padeció como hombre, hasta morir Cristo Señor nuestro por redimir á los hombres de la mancha en que los puso Adán con el pecado, y habiéndolo oido con atencion Montezuma, respondió con la misma ceguedad que antes y dijo: que ya el tenia noticia de la creacion del mundo, y de lo demás que se le hablaba; pero que él no habia de dejar sus dioses de quien tanto bien habian recibido, él, y sus antepasados, desde que señoreaban este reino, y que con el mismo reino heredaron esta adoracion á sus dioses, y que por esos los tenian colocados en el mayor Cú, que es el mayor templo de México para adorarlos, y pedirles lo que se ofreciese en sus necesidades.

Pero viendo Fr. Bartolomé la resistencia de Montezuma y sus caciques en el punto de derribar sus ídolos, teniendo firme esperanza de que andando el tiempo, habia de conseguir su deseo, y que Dios como Padre de misericordias

habia de fomentar su celo ardiente por el mérito de sus continuas oraciones y sacrificios que ofrecia á Dios para introducir en estos corazones protervos nuestra santa fé católica, tomó un remedio muy apropósito, que fué enviar á pedir á Montezuma que les diese licencia para que en la casa donde estaban hospedados Cortés y sus compañeros se hiciese un oratorio, y en él un altar para decir misa donde tener colocada con la decencia cristiana una Cruz y una imagen de nuestra Señora, y otras imágenes y reliquias de santos, que todo lo traian prevenido estos cristianos y religiosos capitanes, y aunque esto no tuvo mucha facilidad de concederse por la resistencia que en ello hicieron los Papas, que eran los sacerdotes de los ídolos; por cuyas bocas les hablaban sus dioses; sin embargo lo concedió Montezuma; y se hizo la iglesia en la forma que el sitio y la ocasion dió lugar, dando órden el mismo Montezuma, para que se trajesen indios oficiales para ello, en que se dieron tanta prisa. que en tiempo de tres dias solamente se acabó la dicha iglesia en lo mejor y mas capaz que habia en la vivienda de estos católicos españoles conquistadores.

En este sitio que era el palacio en que vivió el gran Axayaca padre de Montezuma se labró

la primera iglesia que hubo en la ciudad de México, y pudo ser que esta iglesia se le diera el título y vocacion de Nuestra Señora de la Merced, y es discurso que tiene fundamento, por que si en otras partes donde se hacia altar y en él ponía Fr. Bartolomé la Santa Cruz y alguna imagen de Nuestra Señora, por mostrar ser hijo suyo, y desear introducir la devocion á su Santa Madre en estas gentes, y como en la primera que se fundó en Tabasco le puso el título de Santa María de la Victoria, no es fuera de camino pensar que edificando esta iglesia en la córte de Nueva España, siendo tan celoso Fr. Bartolomé de la religion y tan amante de su bendita Madre, le pusiese el título de Santa María de la Merced: aunque en lo de adelante como no se fundó convento de la religion por entónces, se perdiese la memoria de éste título. Pero sea lo que fuere, ello es cierto y verdadero, que ésta fué la primera iglesia y altar que se erigió en la gran ciudad de México, y allí se ofreció el primer sacrificio incruento á Dios, y allí fué el primer triunfo y exaltacion de nuestra santa fé católica en la córte de ésta Nueva España: donde se celebraron paces y amistades entre el gran emperador Montezuma y el valeroso capitan Fernando Cortés y los demás caciques

ques y señores de este imperio, y donde todos juraron la obediencia á nuestro invicto emperador Carlos V., haciéndose sus vasallos y dedicarse tributarios aquellos grandes señores mexicanos: todo lo cual se hizo en manos del P. Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso del sagrado y real órden de Nuestra Señora de la Merced, quien fue el que más trabajó en este primero lance que se ofreció en la ciudad de México, y sucedió todo lo referido por el mes de Noviembre de 1519 años, á los dos meses de entrados en la ciudad, por direccion del Fraile de la Merced, que así le llama Bernal Diaz en su historia, como lo refiere en el capítulo 101 diciendo "que el fraile era bien entendido, estaba en los palacios de Montezuma para alegrarle, atrayéndolo á que dejase sus ídolos y pasare adelante; y aunque en el recibir nuestra santa fé se remitió el Montezuma á lo que le aconsejaba su dios Hui-chilobos por el aráculo de sus papas, en lo de la obediencia á nuestro emperador, la dió luego él y los demás caciques mostrando mucho sentimiento en ello, porque se constituian vasallos y tributarios de otro rey, siendo el Montezuma tan soberano señor y los demás tan grandes príncipes y señores en su misma tierra, de todo

lo cual dió auténtico testimonio Pedro Hernandez, secretario de Cortés ante quien pasó todo lo referido.

CAPITULO VII

Del modo con que se portó Fr. Bartolomé de Olmedo, con el gran Montezuma, el tiempo que le tuvo preso Cortés en los aposentos de su vivienda.

Ya hemos dicho cómo asistía Fr. Bartolomé al gran Montezuma en sus palacios deseando siempre reducirlo al conocimiento de nuestra santa fé católica, sin perder ocasion cuando la había de hablarle, en que no le procurase decir la verdad de nuestra adoracion al verdadero Dios, que crió el cielo y la tierra; y como luego á los principios dió orden al capitan Cortés de llevar preso al gran Montezuma á los aposentos de su vivienda, acción que nunca se acabará de ponderar por la más heroica de un valor incomparable, que en su misma tierra donde era ado-